en el caos de la inconsciencia o sea en los hábitos de ignorancia adquiridos desde la infancia, para ser insensible a la realidad de la vida universal. Cuando se tiene conocimiento del mundo que nos rodea y de nuestra propia existencia, las ideas se engrandecen en una gran tolerancia, las preocupaciones que nos ciegan desaparecen y el individuo así preparado en el raciocinio y en la experiencia llega a la serenidad de pensamiento y se siente unificado con el universo, despreciando esa estrechez de inteligencia de todos los que por la fuerza o la astucia quieren imponer su credo,

Tengamos presente, si queremos progresar moral y materialmente, que la ciencia es el factor principal que ha de contribuir por la justicia a la bondad y a la emancipación del género humano.

COSTA-ISCAR

Recuerdos de la Bohemia

Así son las leyes

Mi amigo, el simpático anarquista y yo, tras dos días de caminar sin rumbo, llegamos aquella noche a una aldea apartada y solitaria.

La posada, un caserón triste, grande y destartalado, prestó reposo a nuestros miembros cansados.

Junto al fuego, alguno que otro trasgunto, que caminaba al azar buscando un pufiado de calderilla que llevar al mísero casuco donde anémicas criaturas le aguardan impacientes y hambrientas.

A mi amigo le gusta en extremo pernoctar en las posadas. "Busco alli—me dice—, entre la amena charla de los arrieros, distracción para mi cerebro, que en intervalos casi continuos, hace llegar a mi gargasta explosiones de atropelladas ideas, que cansadas de estar en la mente inactivas, pretenden salir por mi boca y obrar a impulsos de la vehemencia propia de la juventud, y con la crueldad e ironía que merece la actual sociedad".

Poco después que nosotros, llegó un nuevo viajero. Era una mujer pequeña y de aspecto desconsolador. Sucia, pobre y harapienta, era la presencia de la desgraciada. Cara pálida, ojos apagados y labios marchitos velanse en su rostro. No obstante, sus rasgos finos en extremo, denunciaban que antes fué bella.

Sentí una curiosidad intensa por saber el pasado de aquella pobre mujer, que caminando sin rumbo fijo quizá, acaso con el viento, al azar, llegó allí en noche obscura, sola, triste, melancólica...

Sentóse en un extremo de la chimenea; al otro un arriero atizaba el fuego con pasmosa lentitud; pretestando tener frío, acerqué una silla y me senté entre ambos.

Intenté hablar a la desconocida, y ella, como sin darse cuenta, alzó la vista, requisó los objetos, miró un momento a los arrieros que discutían en una mesa contigua, y últimamente, fijóse en mí, y pude ver que una sonrisa, apenas perceptible, dibujábase en sus labios, después, dejó caer la cabeza, abatida, pesarosa, como sintiendo la nostalgia de otros objetos y de otros hombres.

Más tarde, cuando todos dormían, creí encontrar ambiente propicio a mi indagatoria y la requerí deseoso de saber su odisea, que triste me figuraba dada su situación.

No rehuyó mi pretensión y se dispuso a saciar mi curiosidad.

He aquí, lector, a grandes rasgos, la historia de una víctima del presente orden de cosas.

—Hija de humilde familia, desde muy joven tuve que dedicarme a trabajos superiores a mis fuerzas; vivía en una triste, húmeda y fría buhardilla, sin alegría ni goces, ignorante de lo que el mundo era, falta de lo necesario, sobrada de miserias y privaciones. Murió mi padre, un honrado obrero, y el triste y solitario cuartucho, fué cambiado por una cueva en las afueras de la población. ¿Que por qué? No pude pagar el alquiler y el casero me puso los muebles en el arroyo.. Fué el pago de diez y ocho años que mi padre trabajó en su fábrica, dejándose allí sus fuerzas físicas y morales a cambio de un puñado de monedas, que nunca alcanzó para cubrir nuestras más perentorias necesidades.

Desde entonces aprendí a odiar; un odio a todo lo existente nació en mí, al ver, por propia experiencia, que todos los lujos y vanidades que se exhiben en calles y paseos, toros y teatros, tienen su origen en un robo legal, cometido en la persona de mi padre y de todo el que vive de su salario.

De amores, ya viviendo en la cueva, conocí a un joven que solía pasar por allí de cacería. Advertido de mi presencia en aquel sitio; me requirió con palabras dulces y halagadoras que lograron impresionarme; quise mostrarme esquiva a sus pretensiones, pero era su voz tan insinuante, me hablaba con un eco tan armonioso, pronunciaba en mis oídos sus frases tan lentamente, con un tono tan rítmico y pausado, que llegué a amarlo con pasión violenta; la eterna música del amor, cantada por aquel hombre con arrobadora poesía, venció a mi corazón amante; intentaba besarme y al ver que mi defensa era débil, que las protestas salían de mi boca, medrosas, tímidas, cohibidas... me hizo suya... me poseyó.

El, un galanteador de oficio, una vez harto de mi carne joven, me abandonó; no he vuelto a verle...

Después he sido de todos... amor, no tuve para ninguno... pasión, guardo una en mi pecho, grande, feroz, pasión vengativa... ilusiones, acaricio una, sublime, hermosa, ilusión de odio... odio a todo lo que representa autoridad... porque los jueces no me escucharon, porque aquel hombre es hoy fiscal.

Lo he sabido por un diario de esta provincia. Decía así: "El digno y respetable fiscal de esta Audiencia, D. Z., ha regresado de los baños en compañía de su querida esposa e hijos..."

Al oir el nombre del fiscal, mi amigo dió un salto que nos dejó sorprendidos. Después preguntó: —¿Dijo usted que se llamaba?...

—Don Z.

Un acabato de cólera ha subido hasta el rostro de mi compañero. Luego nos ha explicado.

He aquí el caso:

—Mi honrado y digno camarada Pepe López, un consecuente compañero que no había temblado ante los jueces cuando le acusaban de revolucionario, amenazándole con el presidio, que fué feroz ante la iniquidad e invencible en las crecientes luchas sociales, ha poco tiempo que sucumbió.

Es el caso, que mi amigo amaba y era correspondido, por la hija de un repugnante burgués, que se vanagloriaba de sus heráldicos blasones.

Nunca tenían los amantes ocasión de verse, y cuando lo hacían, era emocionados y temerosos de que alguien pudiera sorprenderlos; y llegó lo inevitable, lo que había de ser; una tarde, sentados en el jardín, entre los árboles pletóricos de savia primaveral, y las flores orgullosas de su perfume, se amaron libremente, poniendo de testigo a la Naturaleza que les sonreía.

Llegó la hora fatal en que el fruto de aquella expansión amorosa vino al mundo, y los padres, escandalizados, se apresuraron a poner el único remedio que creyeron factible. A ella la encerraron en un convento, haciéndola víctima de su refinado egoísmo, de su maldad imperdonable, de su estúpida ignorancia, de su hidalguía ridícula...

A él lo acusaron a los tribunales como hombre que abusa del candor de una jovencita ingenua, y el fiscal don Z, sentado en su amplia poltrona, pidió para el reo quince años de presidio.

Mi amigo, al saber ambas resoluciones, se ha suicidado.

¡Oh, sociedad injusta y malvada, yo te aborrezcol, sollozó la desconocida.

A mí no me escucharon, y aquel a quien yo acusaba, lleva hoy un hombre a presidio sin culpa ninguna. Ellos se amaban; entre nosotros no hubo amor ¿Que no, señora—dije yo—, así son las leyes. Ni pueden, ni deben ser de otro modo.

ANTONIO GARCIA BIRLAN

Asquerosa.

COROLAS

La Literatura y Nietzsche

Rómpense las ferreas ligaduras que en estrecha celda retórica aprisionaban a la idea, haciéndola esclava del "buen decir", y la inspiración, libre, extiende sus anchos vuelos, como águila altanera que busca infinitos espacios para elevarse y tiempos eternos para vivir. El pensamiento se emancipa de la tiranía del lenguaje y se redime del despotismo léxico. La "lectura entre líneas" crea una nueva modalidad literaria, que agudiza el ingenio, fortifica la inteligencia, flexiona la intuición y educa el deductivo análisis comprensivo.

La rigidez monótona y fría, como cadáver adornado de siemprevivas, que trianaba ideas, retorcía pensamientos, los comprimía, los deformaba, los carnavalizaba y, a veces, los truncaba a su nacimiento; la forma de rígido ajustamiento a las inflexibles reglas de las oropeladas grandiloculencias, de retoricismos florileguados, que aprisionaba al pensamiento entre sus martirizadoras espinas; el traje que no dejaba lugar al desarrollo robustecedor de saludables crecimientos, fué roto, hecho pedazos, convertido en añicos, y entonces, el cuerpo que con él se cubría, pudo tomar aire, luz... y se hizo capaz de presentar a todos las curvas de sus desnudeces, sin temor al escándalo de los dogmáticos moralistas enmascarizados, que se asustaban de la higiene y de la libertad plena y amolísima.

Y como al deshipocratizarse, al sincerizarse la literatura, se produjo la escandalizante tormenta de higienización, las nuevas formas expresivas se potencializaron y robustecieron, libertándose de los antiguos modelamientos y adquiriendo expresibilidad nueva, fuerte, supervital!...

A ideas nuevas, hizo necesario nuevo lenguaje.

Los atrevidos pensamientos, engendraron una lengua sin cobardías.

La doctrina de vitalidad precisó un idioma anticordenatriz.

La particular filosofía de superhombrización se escribió en la peculiar literatura de originales afirmaciones.

Nietzsche literato completó la obra del filósofo Nietzsche.

ZOAIS

VULGARIZACIÓN CIENTÍFICA (I)

EL SOL

En aquellos remotísimos tiempos en que el hombre no había descubierto el fuego, no tenía otra luz que la solar y la lunar, y no recibía otro calor que el que le enviaba el astro del día, entonces podía el hombre apreciar en toda su amplitud los beneficios que recibía del Sol.

A pesar de que la ciencia nos hace innecesaria la luz solar para alumbrarnos, y de que nos proporciona calor artificial, es sabido que el Sol es la fuente de calor, luz y vida de nuestro planeta, de la Tierra, y que si cesase esa fuente dejaríamos de existir.

Estudiemos, pues, algo de ese faro gigantesco que a través de los siglos viene alumbrándonos.

El Sol es una esfera, una bola enorme. Es 1.280,000 veces mayor que la Tierra. Y eso que nuestro globo tiene 40 000 kilómetros de circunferencia. Si fuera posible darle una vuelta a la Tierra en línea recta y sin subir ni bajar montañas y andando 50 kilómetros diarios, tardaríamos 2 años, 1 mes y 20 días. Luego la Tiera es una esfera respetable. Pues bien; para formar una bola como el Sol necesitaríamos 1 280,000 Tierras. Esta comparación nos dará idea más clara: Si representamos el grandor de la Tierra por 1 grano de trigo, tendremos que poner 1 280,000 granos de trigo para representar el Sol; y nos resultará 1 grano de trigo frente a un montón de más de 100 litros. Si en una pila de 100 litros de trigo añadimos o quitamos 1 grano no lo advertiremos. Resulta, pues, que nuestra enorme Tierra de 40.000 kilómetros de circunferencia es una cosa insignificante comparada con el Sol.

¿Cómo siendo el Sol tan grande lo vemos tan pequeño? Porque está muy lejos, inmensamente lejos. Dista el Sol de nosotros 149.000,000 de kilómetros. Si 40,000 kilómetros hemos visto que es una distancia considerable, qué no será una distancia 3,725 veces mayor.

Pongamos algunos imaginarios ejemplos que nos den idea de esta enorme distancia. Si para andar los 40,000 kilómetros hemos visto que emplearíamos 2 años, 1 mes y 20 días, para ir al Sol necesitaríamos cerca de 8,000 años. De modo que si Adán hubiese decidido irse al Sol, aun le faltaría un buen puñado de años para llegar al término de su viaje. Pero en los modernos tiempos tenemos maravillosos aparatos que acortan las distancias de una manera grande. Supongamos que emprendemos el viaje al Sol en un aeroplano que vuele 100 kilómetros por hora y que no paremos nada, que siempre vuele; pues bien, llegaríamos al Sol algo después de 170 años.

Conocemos ya el grandor del Sol y la distancia que de nosotros lo separa. Pasemos ahora a estudiar con más superficialidad aún otras cosas.

Si a pesar de estar el Sol tan lejos recibimos su calor, es señal de que ha de tener una temperatura muy elevada. Efectivamente. El Sol es una enorme bola de fuego, cuyo calor es de miles de grados; el hierro en fusión comparado con su temperatura es agua fría.

La superficie del Sol puede compararse a un embravecido mar de fuego. A veces surgen de ella enormes surtidores ardientes, torbellinos de fuego que se elevan hasta centenares de miles de kilómetros.

Los hoyos que forman estas erupciones solares producen manchas, esto es, sitios con menos brillo.

Dichas manchas han servido a los astrónomos para determinar el movimiento de rotación, y han convenido en que el Sol da una vuelta sobre sí mismo en 25 días y medio.

De la manera más clara que me ha sido posible, de la forma más vulgar que he podido, te he expuesto, lector amigo, algo, muy poco, de lo mucho que sobre el Sol han dicho los hombres que se dedican al estudio de esta maravillosa ciencia del Universo.

IRIDIO

"El Socialista" quiere la guerra

Al escribir estas líneas lo hacemos únicamente para poner al órgano del *partido* socialista al descubierto, es decir, quitarle de una vez para siempre el antifaz con que se cubre y presentarlo al proletariado de todo el mundo tal cual es.

Los trabajadores que hayan leído *El Socialista*, habrán observado que cuando empezó la conflagración europea, el desastre mundial, el crimen de lesa humanidad, fué uno de los que más gritaba en contra de la guerra; pero he aquí que su llanto era como el del cocodrilo. Claro que se proponía atraerse adictos llegando a tocar el sentimiento de todo ser honrado que mira como un crimen las actuales circunstancias. Había que leer los entrefiletes que ponía: «¡Abajo la guerra!», y otras mil cosas, que en verdad eran propias del caso, como esta otra: «Los socialistas somos enemigos de la guerra.»

No, señores de *El Socialista*; eso que habéis dicho es mentira; eso no corre por vuestra sangre; sois incapaces de ostentar tan nobles sentimientos. ¡Parece mentira que os atreváis a engañar tan descaradamente a los trabajadores!

Para que los trabajadores puedan apreciar cuanto decimos y vean si estamos ciertos, bastará decir que habiendo llamado los compañeros de El Ferrol la idea de celebrar el 30 de abril, un Congreso en pro de la Paz, en el cual han de tomar parte trabajadores de todo el mundo y seguro es que podrán tomarse acuerdos que terminen con esta guerra maldita.

Dichos compañeros hicieron unas circulares que han sido mandadas a todas partes, y que todos los periódicos, sin distinción de ideas, las han reproducido. TIERRA Y LIBERTAD la publicó en su artículo de fondo del número 249; hasta periódicos netamente republicanos como es *España Nueva*, la reprodujo. Pero hemos aquí, que el órgano del *partido* socialista se hace el distraido y nada de esto publica, tratándose como se trata, de ver si conseguimos que la guerra termine. Pero hay más; sabedor el grupo «Los Iguales», de Madrid, que *El Socialista* había recibido dichas circulares, y que su empleo fué para cuartillas, no quiso hacer el silencio y para que no pudieran los de *El Socialista* alegar ignorancia, diciendo que no las habían recibido, el grupo «Los Iguales», de acuerdo con el Ateneo Sindicalista de El Ferrol, acordó enviar la adjunta carta que coplamos:

«Compañero director de *El Socialista*.—Madrid.

»Habiendo recibido este grupo una carta del Ateneo Obrero Sindicalista, de El Ferrol, en la cual nos encarecen hagamos llegar a vuestro poder la adjunta circular, las que os han sido remitidas por correo, pero por si acaso sufren extravío, es por lo que desean lo hagamos nosotros.

»Suponemos será del agrado suyo dicha circular y con gusto la insertará en su periódico, tratando como se trata de ver la forma de reunir al proletariado de todo el mundo en un Congreso, para que todos unidos pongamos nuestro esfuerzo y que de una vez para siempre termine este crimen de lesa humanidad que estamos presenciando en el siglo XX.

»Por hoy nada más; vuestro y de la causa.—Por el grupo «Los Iguales», *Antonio Lozano*.—Madrid, 1 de marzo 1915.»

No publicamos la circular por haber sido reproducida, como decimos más arriba, en este semanario, núm. 249.

¿Qué dicen ahora los trabajadores sobre la conducta observada por *El Socialista*? Señores de *El Socialista* ¿no os dais cuenta que con vuestra conducta traicionais a vuestro mismo *partido* (porque nos consta que dentro del partido hay hombres honrados que censuran vuestro proceder)? ¿Acaso no os dais cuenta que con vuestro silencio contribuís a que la guerra continúe? ¿Se puede saber que mira es la que os guía al no dar conocimiento de la idea lanzada por los compañeros de El Ferrol?

Sí, ya sabemos en qué estriba vuestro silencio: en ruindades. Sobreponeis vuestro egoísmo personal a una causa justa y noble ¡Como se conoce que os duele! Sois tan bajos que basta que los iniciadores sean sindicalistas para que vosotros contrarrestéis todo movimiento por grande y hermoso que sea. ¿No os fijáis en los beneficios que del Congreso podrían sacarse yendo todos unidos? Bien, pero tened presente que los trabajadores se darán cuenta de vuestra rastrera conducta, y al Congreso irán para ayudar con su esfuerzo a que el crimen que en pleno siglo XX se desarrolla, termine. Si no pueden llegar a imponer sus fuerzas, acaso vosotros hayais contribuido a ello.

Grupo «Los Iguales»
de Madrid.

Las lecciones de la guerra

II

La unanimidad nacional

De todos los acontecimientos extraordinarios que han venido en estos últimos siete meses a sacar al hombre de su labor vegetativa, el más culminante, sin duda alguna, ha sido el movimiento profundo y vehemente operado por las muchedumbres en pro de lo que se llama el ideal nacional.

Tan pronto como los gobiernos de Francia, de Alemania, de Rusia, de Austria, etc., han echado a todos los ecos el son de la trompa bélica, los ciudadanos de todas las naciones, de todas las clases, de todos los credos, han respuesto como un solo hombre: ¡presente!

Nada de discrepancias, de vacilaciones, de dudas ni de conciliábulos; al unísono, la masa enorme de los pueblos tocados por la declaración de guerra se puso en movimiento, levantó al aire los millones de puños que la forman, sus millones de airadas cabezas se irguieron con altivez, y, monstruo enorme de incalculables miembros, de inimaginable osamenta y de inconmensurable poder, exhaló por todos sus poros el odio y la crueldad.

Como por arte de magia, toda vida normal cesó; el intrincado mecanismo de la producción dejó de funcionar, y lo mismo todos los engranajes que la secundan, como cosa impropia de aquellos momentos transcendentales. Una especie de estupor invadió a las gentes al primer golpe de mazo, pero poco a poco se fué desvaneciendo al contacto mutuo de todos los hombres, iluminados y sugestionados por la visión de la lucha atroz que se iba a comenzar.

Los más mansos y tímidos se revelaron de pronto furibundos, guerreros, ávidos de prodigar su sangre en el altar de la patria.

Cuando fueron fijados en las grandes urbes los decretos de movilización general llamando a la nación a las armas, los buenos ciudadanos, sin distinción de clases ni matices, parecían decir, comentando los términos del decreto: Ya era hora, ya era hora de dar una buena lección a esos bárbaros del otro lado de la frontera.

Todos los elementos y todas las energías del país fueron puestos en movimiento por la voluntad central, representada por el gobierno; el cual, compuesto siempre o casi siempre de hombres extremadamente hábiles, conoce los resortes que hay que tocar para hacer vibrar en el pueblo la fibra sensible.

Desde el sabio oficial engreído en su pedestal hasta el último párvulo de las escuelas públicas, pasando por los ancianos y las mujeres, jóvenes y viejas, todo el mundo se sintió extremecido por el latigazo patriótico, y de todas partes se declaró con efusión estar prestos a acatar incondicionalmente las órdenes de la cabeza nacional.

El pueblo soberano abdicó en absoluto de sus derechos en manos de sus directores, concluyendo la tregua todos los partidos políticos, y formando lo que en Francia se llamó la *unión sagrada*, para la defensa del suelo patrio.

Por el momento supremo en que todos los ciudadanos iban a jugarse sus vidas, lo único, a mi ver, que tiene en este mundo algún valor positivo, declararon unánimemente desinteresarse de todo ejercicio de sus derechos de ciudadanía y cobijarse a ciegas bajo el manto de sus oráculos para estar a disposición de ellos a su mejor conveniencia.

¡No creo que se pueda exigir mayor abnegación de un pueblo que cree poder disponer libremente de sus destinos!

Acto continuo, el poder constituído ejerció sus vastos atributos, no para corregir ningún desvío o ningún conato de revuelta audaz, que no tuvo lugar ni por asomo, sino para endilgar, según las conveniencias del momento, el rebaño que se presentaba al sacrificio.

De uno y otro lado de la frontera la misma firme convicción reinaba en el corazón de los hombres mientras se dirigían a la degollina general. El país decían, haliándose pérfidamente atacado por nuestros enemigos del lado opuesto, justo es que defendamos el patrimonio de nuestros antepasados, nuestras creencias, nuestros salarios, nuestras mujeres e hijos; ellos son los únicos responsables, los únicos provocadores; nosotros somos los defensores del derecho, de la libertad, de la civilización.

¿Durante cuántos siglos venimos oyendo el mismo siniestro sofisma por la boca de los hombres que se aprestan a su mutua destrucción?

¿En qué consiste el progreso de los siglos, si no se traduce por una mejor comprensión del interés real de la humanidad?

Inútil es intentar toda refutación en este momento psicológico en que el hombre es sólo movido por la pasión o por lo que cree su deber.

Lo que causa estupor es el ver que durante medio siglo o más se ha venido haciendo un esfuerzo enorme de estudio y de penetración para indagar las leyes que presiden a la formación de las sociedades humanas; que centenares de hombres de buena voluntad se han impuesto la misión de vulgarizar y de compendiar en frases claras los frutos de esa labor; que miles de dedos han sido puestos con gran estruendo encima de las llagas que roen el cuerpo social en desequilibrio; que se han despojado de sus oropeles los ídolos nefastos amedrentadores de gentes, y demostrado ser sólo simples titeres sin ningún valor; que todas esas cosas han sido hechas con el fin de liberar la inteligencia humana del cerco de las creencias malsanas y, no obstante, a pesar de todo ello, a pesar del barniz de cultura que se afana en ostentar, la humanidad continúa sempiterna en su estado de barbarie y de abyección.

Dígase lo que se quiera, adórnese ello con las frases más relumbrantes que os vengan a gusto, no veo yo que los hombres de nuestro tiempo hayan sabido sacar provecho alguno de la experiencia de sus antecesores ni que hayan comprendido en un ápice las verdades sacadas a luz por la Economía y la Sociología contemporáneas. ¡Ahí los tenéis, ante vosotros, en la misma actitud que desde la época prehistórica se vienen conduciendo: fanáticos, brutales, ávidos de botín, prestos a lanzarse unos contra otros y devorarse hasta los huesos!

Y ¿por qué? ¿para qué? ¿para quien? Lo ignoran.

Se les ha sido dicho que este era su deber, que la razón estaba de su lado y ellos lo han creído.

¡He aquí todo!

¡Ea, señores, todavía hay patria!

Ved sino la cosecha que la Muerte está haciendo en los campos de batalla de Europa, los miles de cadáveres mutilados que se están pudriendo porque ni siquiera queda tiempo para darles sepultura.

¡Esos grolleros de anarquistas y socialistas que tenían la pretensión de haber extirpado del corazón de los pueblos el noble amor a la patria, recibirán ahora una buena lección, puesto que es el pueblo mismo quien les infiere un mentís!

¡Concedido!...

El pueblo que, al parecer, no tiene ninguna noción de su verdadera posición en la sociedad actual, demuestra estar dispuesto a todas horas a dar su vida en defensa de los ideales que le imponen los que le oprimen y explotan.

Es la eterna historia de siempre: cuando no se tienen ideales propios, se mueve por los ideales de los demás.

Un escritor español que se encontraba en Alemania al principio de la movilización, se conmovió hasta brotarle las lágrimas al contemplar con qué serenidad y semblante inquieto los hombres todos corrieron al banderín de enganche al llamamiento del gobierno del Kaiser.

"De todas las grandes catástrofes que registra la Historia, decía, lo único que se ha salvado ha sido siempre la idea de Patria."

En Francia también los buenos escritores han dedicado odas ditirámbicas en honor de la unanimidad que reinó por todo cuando el llamamiento a las armas fué proclamado.

No se puede decir que se haya encontrado un solo puñado de hombres que se hayan atrevido a regatear su sangre.

Todos corrían afanosos hacia lo desconocido de las batallas, orgullosos de pagar su tributo al fetiche tricolor.

El hombre excepcional que logró permanecer ajeno a este apasionamiento universal, hacía el efecto de un náufrago en mar revuelto; a cada instante el elemento extraño que lo arrollaba todo, amenazaba hundirlo en el abismo común. Sin haber sido consciente por la fiebre epiléptica que estremecía a todos los seres, parecía un ente de naturaleza extraña, mirado con recelo por todos los demás.

Todo ha perecido en estos tiempos tumultuosos: ideales, veleidades de emancipación, sentido común, ensueños de felicidad terrenal, todo ha sido cusjado de raíz por la tempestuosa corriente; sólo la barbarie, la barbarie eterna y perenne ha salido triunfante por encima de los hombres y de las cosas.

Las fuerzas del pasado con sus hondas raíces, apresan más que nunca la pobre Humanidad delirante.

¡Los dioses no han muerto todavía!

DIONISIO NOR

París.

Desde Alcoy

Continuación de la bilis socialista y relajamiento moral e intelectual de Andrés Saborit.

Como prometí en mi crónica del número anterior, sigo en el presente exponiendo y comparando el despecho y desparpajo calumniador que los socialistas de Alcoy, interpretados por Saborit, demostraron en el mitin o vertedero de bilis la noche del 22 del pasado febrero en el local de la escuela de párvulos.

He de advertir, antes de entrar en materia, que no tuve necesidad de tomar apuntes con el lápiz. Dijo cosas tan pequeñas, tan sumamente vulgares, con argumentaciones tan sosas como faltas de buena fe, que al menos lince no se le escapó; aquel acto fué como una provocación preparada de antemano contra los anarquistas, auxiliados los socialistas, de acuerdo o *casualmente* con la policía y fuerzas de Seguridad. Esto se lo pruebo al que quiera con datos irrefutables. Mas como quiera que aquello no era mitin, no socialista, sino que ni siquiera podía compararse a un sermón de Semana Santa por ser estos sermones todavía más democráticos que los de los socialistas, nos hicimos la cuenta los pocos anarquistas que concurrimos, que todos los que se ven tan terriblemente fracasados como Saborit tienen el derecho de *llorar amargamente* sus ilusiones perdidas y de paso patalear contra *los causantes de sus desgracias*. Además, como ya dije en el número anterior, la poquísima concurrencia que había en el local comprimía a excepción de los diez o doce anarquistas que asistimos, de socialistas, compañeras de éstos y de la mar de policía. De modo que allí no había público imparcial para podernos juzgar a unos y otros, y, por lo tanto, no había caso para demostrar a Saborit y demás *adoradores* nuestra *acción directa*, que tantas veces les hemos demostrado y estamos dispuestos a demostrarles cuantas veces tengamos por conveniente. Así, pues, vamos al grano y veamos cómo se desplegó este charlatán callejero, y que juzguen los que están al tanto de los movimientos proletarios y de la influencia que han tenido en ellos los partidarios de la caja de *resistencia*, papeleta electoral, cooperativas, etcétera, etc., y los que no admitimos esos momios por creer que la emancipación del trabajador es obra de él mismo y no del que vive a su costa.

Con el fin de que no fuese molestado de cerca Saborit por ningún *perturbador*, lo primero que hizo el cabo de Seguridad fué despejar los alrededores de la tribuna, pero a tan larga distancia (y aún sobraba mucho más local), que no faltaba más que ponerle una jaula para mejor librarle hasta de alguna *observación* que alguno de los compañeros le hubiera podido hacer. Convencido Saborit de que verdaderamente se encontraba entre los *suyos*, principió por advertir «que dos veces que había venido a Alcoy, dos veces que se había visto interrumpido por los elementos sindicalista-anarquista, siendo así que todo ciudadano español tiene el *indiscutible* derecho de exponer y propagar libremente sus ideas y sus tácticas, y que para defender él las suyas ha de atacar las que no son suyas *sea como sea* porque la Constitución y la ley le *amparan*. ¡Olé por los hombres con riñones!

Esto de las dos interrupciones a que alude el *orador* son: la primera vez que vino a ésta y *predicó* en el Teatro Circo, en el que, en una de las pruebas *convincentes* que expuso para recomendar la buena calidad de sus huestes, dijo que los anarquistas retamos a las controversias a los socialistas, y cuando éstos aceptan, nosotros *nos hacemos los suecos*, presentando, como prueba de lo que él exponía, el hecho de que en Alcoy se concertó un mitin de controversia socialista anarquista, viniendo desde Madrid el socialista Lucio Martínez, pero no viniendo el anarquista Salvador Seguí. A estos *argumentos*, el compañero Alejandro Segura objetó que si Seguí no vino fué porque lo encarcelaron cuando llegó a Valencia, tapándole la boca a Saborit. Mas nuestro compañero lborra retó a otro mitin de controversia a Saborit, y aunque éste dijo que aceptaba, les sobraron a él y a ambos *Comiteces* tangentes para salirse sin aceptar la susodicha controversia. Y la segunda *interrupción* fué la que relató en mi crónica anterior. Eso *insigne* Saborit, le sucede a todo el que hace lo que quiere, pues, como consecuencia natural, tiene lo que no desea.

Y estas son sencillamente las dos interrupciones que este *apóstol* tuvo en Alcoy, por las que quiso vengarse calumniando a unidades que no se han querido ni se quieren avenir a ser colaboradoras de sus semilleros de *nicatos*. Mas veamos en concreto qué argumentos gastó para convencer, no a nosotros, sino ni siquiera a los suyos, ni a la mayoría del público, o sea a la policía.

Al ponerse frente a su enemigo el anarquismo sólo basó su disconformidad en que este ideal se desarrolló y creció por el procedimiento del *terror dinamitero* y el atentado personal. Que *poco a poco se aferraron* los anarquistas a las doctrinas prohudonianas, tergiversando lo de que «la propiedad es un robo»; pero estas argumentaciones las exponía en una forma tan policial, que no tenían que envidiarle nada los miembros de la Defensa Social ni el más despreciable de los porros que por la capital de Cataluña han pululado en tiempos de amarga recordación.

RAFAEL SOLER

(Se continuará).

Tierra libre

En esta conmoción, tan violenta como profunda, algo se desplomará reducido a polvo para siempre. Para sustituirlo, ¿qué surgirá? Sin duda alguna una sociedad más humana y un mundo nuevo sobre una tierra libre. Todo lo viejo, tanto en el orden de las ideas como de los sentimientos, desaparecerá en este choque formidable de extraordinarias consecuencias.

¿En qué molde se va a fundir ese mundo nuevo, salido de entre tantos escombros y del fondo de tantos dueles? Como de lo antiguo poco quedará en pie, habrá que aguzar la fantasía para adivinarlo, entreviéndolo en sueños. Algunos escritores, con espíritu profético, han sondeado el porvenir y nos han adelantado la visión de ese mundo futuro todavía oculto entre impenetrables tinieblas. Una fórmula de ese vivir nos la ha dado el gran escritor inglés Wells en sus *Anticipations*. Según él, el progreso moral habrá transformado por completo el aire de la sociedad de mañana, enteramente democrática, y los adelantos científicos, con prodigios de invención, servirán para hacer más dichosa o por lo menos más cómoda la existencia de los hombres con la difusión y el embellecimiento de las grandes ciudades. Pero ¡ay! Wells también preconiza, después de ponderar tantas maravillas, el estruendo de nuevas guerras, gracias a los progresos de la técnica, más sangrientas y más destructoras que las ya conocidas, acaso aun contando la presente. ¡Siempre el trágico espectro de la guerra!

La otra fórmula de una sociedad futura, más equitativa y más perfecta, si perfecta puede decirse tratándose de una cosa humana, nos la ha ofrecido el ilustre escritor austríaco Hertzka en su famoso libro *Freiland (Tierra libre)*. Es una obra que muchos han estimado fundamental, una especie de nuevo evangelio para las generaciones nuevas. Al discutirla, unos la han considerado como anarquista, otros la censuran como empapada del socialismo y no pocos la defienden por su espíritu conservador, que sabe conciliar las enseñanzas del pasado con las necesidades de los tiempos modernos. A lo largo de sus páginas se advierten en la orientación económica reminiscencias de Spencer y de Smith y en cuanto a la organización social se descubren las inspiraciones de Marx o de Proudhon, cuando no las rebeldías revolucionarias de Kropotkine.

Yo acabo de leer *Un viaje a Tierra libre*. Hertzka, poniendo un poco de imaginación a prueba, ha fingido esa narración novelesca para exponer sus teorías de un modo que más vivamente pudieran llegar, impresionándola, al alma de las muchedumbres.

¿Dónde está esa nueva tierra de promisión? En el libro es un punto imaginario y se llama *Edenthal (Valle del Eden)*. De todos los países del mundo las gentes han acudido a ese país maravilloso, no tanto por la feracidad del suelo, sino por lo admirable de su organización económica, social y política. Allí hay constituída "una asociación de libertad social y de justicia, es decir, una asociación que debe asegurar a cada uno el pleno y entero producto de su trabajo personal en la extensión sin reserva de su derecho de libre vocación". Todo un programa comunista.

En este mundo viejo ya de tantos siglos, todas las iniciativas individuales, por poderosas que sean, encuentran resistencias atávicas y obstáculos casi siempre, si no siempre, invencibles, como son los prejuicios, la ley de las costumbres, los intereses creados y los privilegios seculares. La desigualdad humana es irritante, la injusticia social es lo corriente. Sin embargo, nadie puede intentar echar abajo ese valladar a todo progreso. Al servicio de la desigualdad y de la injusticia está la fuerza. Por ello los menos hacen esclavos a los más. Así es imposible vivir en paz. De ahí el estado de lucha aguda, permanente. Por más que los hombres quisieran llegar a una inteligencia, nunca lo podrían lograr en este mundo viejo porque entre ellos median veinte siglos de odio.

En esa sociedad nueva, tal como se crea en *Tierra libre*, una nueva moral se había de imponer al individuo y a la colectividad. Allí, en vez de fomentarse el odio, se había de fomentar el amor. Y, además, cada cual sería libre en una tierra libre. Como la libertad es prenda de justicia, acuñada así esta existencia sería completamente feliz. Ni luchas, ni guerras. Las rebeldías revolucionarias no pueden nacer más que de la esclavitud; el espíritu belicoso que empuja a destruirse los unos a los otros en busca de una victoria que sólo representa dominio por la fuerza lo aconseja el odio y lo alimenta la codicia, haciéndolo estallar el instinto de rapiña o el bajo sentimiento de envidia que hay en cada hombre como en cada pueblo y que a veces se desatan, cuando no existe una disciplina moral verdaderamente férrea, con incontenible turbulencia.

El pasado... He ahí el gran obstáculo a todo avance hacia la igualdad humana y por ende hacia la paz del mundo. Pesa terriblemente sobre nosotros el ayer con sus prejuicios, con sus derechos establecidos y con sus absurdos privilegios. Sobre todo con la riqueza vinculada, patrimonio de castas, transmitida de generación en generación, haciendo una clase parasitaria, viviendo del trabajo y de la miseria de otros hombres condenados al dolor y a una eterna servidumbre.

Todo eso deberá desaparecer un día. Entonces se podrá decir como la heroína de Hertza a su novio cuando éste, al fijar su residencia en *Tierra libre*, ofrece conservar una parte de la riqueza heredada:

Yo sufriría como si tuviese que comer carne humana. Así como una mujer en Europa sufriría si matasen en ella un cierto número de hombres cebados, así yo no puedo, yo, que desde mi infancia he respirado el aire de *Tierra libre*, aprovecharme de lo que ha sido producido por las fatigas y las privaciones de criaturas humanas.

Y decía una gran verdad, la verdad futura.

ANGEL GUERRA

Cuando las barbas de tu vecino...

En el pueblo de Fuenmayor, inmediato al de Cenicero, están autoridades y burguesía que no les llega la camisa al cuerpo.

A los pocos días de ocurrir la tragedia de Cenicero, leímos en la prensa burguesa que en Fuenmayor habían aparecido unos pasquines anarquistas habiéndose hecho algunas detenciones.

Lo ocurrido, según nos comunican, ha sido lo siguiente:

Varios compañeros de Fuenmayor tuvieron la buena ocurrencia de fijar en las esquinas la hermosa alegoría de la paz que publicamos con el primer manifiesto de Sebastián Faure. La caída de un bólido no hubiera producido el efecto que produjo el ver por las paredes nada menos que la anarquía arrancando la venda que cubre los ojos de los soldados combatientes.

La burguesía y autoridades perdieron la cabeza, y porque les dió la gana —que es bastante razón para la autoridad —detuvieron a cuatro compañeros, conduciéndoles a Logroño, en cuya cárdel estuvieron cinco días.

¿El respeto a la ley? Eso es para los desheredados. La ley, como Dios, es para la canalla; el respeto para ambas cosas sólo se exige a los que sin este temor podrían rebelarse.

Seguramente que creyeron que el fuego de Cenicero se extendía a Fuenmayor.

FLORES DE LA GUERRA

Páramos son las fértiles campiñas,
que los combates asolaron; polvo
los recios muros, y ceniza el bosque;
sobre los tristes pueblos silenciosos,
la guadaña del ángel de la muerte
va tiñendo de sangre los escombros,
y, abatiendo las naves orgullosas,
del mar las lleva al insondable fondo.
Arrasan las naciones florecientes
lluvia de fuego y vendaval de plomo,
y se cavan las tumbas a millares
en el inmenso eral, campo de abrojos.
Pero la tromba pasará. La lucha
tendrá su fin con el terrible soplo
del huracán devastador no encuentre
nada que destruir; y entonces todo
quedará en esa calma aterradora
que sigue a los desastres espantosos:
hartas de maldecir, mudas las lenguas;
cansados de llorar, secos los ojos.
En los pueblos miserrimos, acaso,
rota la vida y agotado el oro